DP532.7
.T3

PLUGAL-EN-BRODA-K
MATRIX TITLE
Acq. Dept. Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N.C. 27514
OC
CF
C
SR
ST
Vols.
Cl Sep.
C
SR
Init.
Y-LC.
ed

THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

DP532.7
.T3

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
RECEIVED JAN 11 2019			
RECEIVED JUN 16 2022			

PORTUGAL EN BROMA

DE VENTA
EN LA
LIBRERIA
"LA PROPAGANDA"
JESUS MARTINEZ
B. JUAREZ Nº 65
MONTERREY, N. L.

RC
C

COLECCIÓN "ALEGRÍA,,

VOLUMEN III

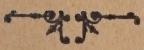
Portugal en Broma

POR

DP532.7
T3

LUIS TABOADA

ILUSTRACIONES DE XAUDARÓ



ADMINISTRACIÓN
DEL
NOTICIERO-GUÍA DE MADRID
Velázquez, 67.
1904

ES PROPIEDAD

MADRID.—Tipo-litografía de F. Rodríguez Ojeda.—Montera, 10.

PÓRTICO *

Conste que á causa de mis repetidas excursiones á Portugal, y como resultado de una larga y provechosa observación, profeso á aquel país cariño sincero. Reconozco y amo sus virtudes, y me honro con la amistad de muchos portugueses.

Nada de lo que digo en estas páginas reviste propósito alguno de ofensa para aquellos buenos ciudadanos; y si, obedeciendo á mi punto de vista cómico, he podido emitir apreciaciones que les molesten, desde ahora las retiro.

Me propongo seguir veraneando en Portugal, y no es cosa de que me cierren las puertas de la nación los que suelen tomar el rábano por las hojas.

Luis Taboada
Príncipe, 22, 2.º

* Como se dice ahora.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo se viajaba antes.

¡Oh, qué viajecito el que se hacía á Portugal, allá por los años del 90 al 90 y tantos!.....

Entonces se salía de Madrid á las nueve de la mañana, y antes de llegar á Talavera, ya tenía uno la sangre frita.

Retrotraigámonos, es decir, imaginemos que vamos de viaje en pleno mes de Julio, antes de que se establecieran los trenes nocturnos.

No hay medio de evitar los rigores de la temperatura; humea el agua del botijo; el salchichón echa chispas y adquiere todos los caracteres de un petardo; un perro que viene con nosotros dentro de una sombrerera, para eludir las miradas del revisor, se vuelve loco espontáneamente y comienza á ladrar con desesperación.

La mayor parte de los viajeros se han alige-

rado de ropa. En un reservado viaja un matrimonio en paños menores. Ella se ha quedado en enaguas, y él luce unos elegantes calzoncillos de madapolán. Cuando entra el revisor, ambos se ocultan detrás de un almohadón del carruaje, puesto de pie.

—¿Los billetes?—dice el empleado.

—Respete usted nuestra situación excepcional—contesta el esposo.—Tenga usted la bondad de irse.

—¿Por qué?

—Porque no queremos que se nos vean las carnes.

En nuestro coche viene una señora con una ama de cría exuberante, y un niño encanijado que no hace más que chupar y meterse los dedos por las narices. Cada vez que suena el silbato de la locomotora, la criatura pone el grito en el cielo y se agarra á lo primero que encuentra.

—No te asustes tú, hijo de mi alma, que va aquí tu mamaíta—dice la madre.

Y añade la nodriza, con voz de ternera cariñosa:

—Cálate, Pipito..... ah..... ah..... ah.....

Al llegar á Plasencia, dos viajeros sedientos se arrojan sobre un botijo que parece abando-

nado en la estación. Ambos quieren beber y entablan una lucha horrible; el más forzudo consigue llevarse el pitorro á la boca y echar un trago, pero de pronto lanza una blasfemia y comienza á escupir desesperadamente.

—¿Qué ha hecho usted?—le dice un mozo.

—¿Qué he bebido yo?—pregunta el infeliz abriendo los ojos con espanto.

—Aceite para la máquina—replica el mozo.

El viajero se ve en la dura necesidad de enjugarse la boca por dentro con un trapo que le facilita una viajera compasiva.

Y el tren vuelve á emprender la marcha, no sin que el niño encanijado prorrumpa en nue-

vos gritos cada vez que silba la locomotora. Por fin, á fuerza de chupar, la criatura se queda dormida sobre uno de los asientos; pero vuelve á oirse el silbido aterrador, y el angelito, dando un bote, va á chocar con la cabecita contra la sombrerera; el perro que la habita se pone á ladrar, la mamá solloza, el ama muge y nosotros acudimos en socorro de la víctima que patalea en el suelo.

Por fin, llegamos á Valencia de Alcántara, como los calamares, guisados en nuestra propia tinta.

La noche ha comenzado á extender su negro manto, y la temperatura es dulce como la sonrisa de Dato.

Media hora después entramos en Portugal, nuestro paraíso veraniego. El tren se detiene en el lazareto de Castello de Vide, donde los empleados de Sanidad proceden á la fumigación de nuestros equipajes, pues se dice que hay epidemia en España.

—¡Gran Dios!—exclamamos todos.—¡Nos van á poner al humo!

La mamá del niño protesta, porque no quiere que el hijo de sus entrañas siga la suerte de los arencones; pero un empleado la tranquiliza diciéndola que la fumigación solo alcanza á los

baúles de ambos sexos; es decir, á los baúles y sus esposas las maletas.

Efectivamente, á los viajeros no se les incomoda para nada, ni aún para abrir los equipajes. Los encargados del lazareto nos tratan con muchísima consideración: uno nos da un cigarro (*charuto*), otro nos invita á sentarnos en un sofá *estofado* (estofado quiere decir en portugués «tapizado»), y otro lleva su abnegación hasta el punto de besar al niño, que parece una lombriz. La mamá le dirige una mirada de profundo agradecimiento.

—Muchísimas gracias—dice conmovida.

Y yo añado:

—En nombre de la nación española, expreso á usted nuestra gratitud. El sacrificio que acaba usted de hacer prueba que la nación portuguesa aspira á que se estrechen las buenas relaciones entre ambos países.

Desde que se entra en Portugal no se sabe lo que es calor. La temperatura es suave, el aire perfumado, la brisa fresca y saturada de iodo..... ¡Oh, qué buen país!

CAPÍTULO II

Espinho.

Ahora se hace el viaje á Portugal con comodidades relativas. El tren sale de Madrid de noche, evitándonos el disgusto de tener que contemplar el paisaje extremeño.

Después de trece horas de viaje, el tren pasa la frontera y surgen los carabineros portugueses.

—¿*Leva chocolata*, café, tabaco?—pregunta desde la portezuela del coche el apuesto representante del ministro *das Façendas*.

—No, señor—suele contestar el viajero;—lo que *levamos* es un humor de todos los demonios, porpue se ha apagado la luz del techo, y las ventanillas no funcionan, y los almohadones despiden chispas, y nos han pedido los billetes cuatro inspectores distintos.

El carabinero reconoce las maletas de mano

y extrae de una de ellas un objeto sospechoso. Debe ser sospechosísimo, porque el hombre nos dirige miradas acusadoras y terribles.

—*¿Qué coisa é ista?*—pregunta por último.

—Es un salchichón—contestamos.

El hombre se ha imaginado que aquel inocente embutido es un instrumento de guerra, y vuelve á preguntar:

—¿Está cargado?

Por toda respuesta le ofrecimos una raja, que él no acepta por no perder la seriedad de su noble ejercicio. ¡El comer envilece!

Después nos obliga á que bajemos del coche y le mostremos el fondo del baúl, que investiga cuidadosamente como si fuese el fondo de nuestra conciencia. Introduce ambas manos por debajo de la doblada ropa y saca una zapatilla, después unos calzoncillos, luego un peine y más tarde un sombrero hongo. Cada uno de estos objetos produce en el funcionario impresión penosa. ¿Por qué? Porque había creído sorprender un importante contrabando y ve con dolor que somos inocentes bañistas más que defraudadores de la Hacienda de Portugal.

Antes de realizar esta importante operación, tuvimos que desatar las cuerdas del baúl, por-

mujeres usan capa y sombrero calañés, como el pobre Regatero.

Á aquella playa acuden muchísimos españoles, procedentes de Madrid y de Extremadura, que se permiten el lujo de pagar veintantos mil reis todos los meses por una casita amueblada (unos 14 reales diarios).

Allí todo es colosal: desde los gabanes de dril que lucen los portugueses, hasta las sardinas, que parecen tritones. La fortaleza de este pueblo indomable se revela hasta en los peces: en cierta ocasión compré un lenguado, y pude notar en sus ojos una fiereza terrible. Diríase que no quería someterse al dominio de un extranjero.

Mi criada, que es española, vino á decirme toda sorprendida:

—Señorito, yo no puedo freir este lenguado. Es muy duro.

—No; es que conserva la noble altivez del pueblo lusitano, y se resiste al yugo de la sartén española.

Y nos lo comimos casi crudo.

CAPÍTULO III

Granja, la playa aristocrática.

Los seres privilegiados no se bañan en Espinho, porque en esta playa reina cierta confusión de clases, que no quieren aceptar las personas finas.

Á Granja acuden, pues, los portugueses elegantes, que para dormir la sienta se ponen un gorro de terciopelo azul con las armas de la casa bordadas en seda de colores y usan batín de franela, con galones dorados, para pasear por el jardín.

De cuando en cuando los granjistas hacen una excursión á Espinho (cinco minutos de viaje por ferrocarril) y allí juegan á la ruleta y miran por encima del hombro á todos los demás seres humanos que no viven en Granja.

Yo me fuí á Granja á saludar á Sellés, y esto me ha proporcionado los medios de penetrar

en el Casino. De otro modo, hubiera tenido que andar errante por esta playa, sin una mano amiga que guiase mis pasos, ni una cabeza generosa que se dignara saludarme.

El que va á Granja por vez primera, se expone á vivir como un anacoreta en el fondo de una de aquellas casas de alquiler, que parecen garitas de consumos. Nadie le mira, nadie le saluda, y si desea divertirse tiene que sentarse en la playa y hacer montoncitos de arena ó buscar la amistad del jefe de la estación para entretenerse jugando á la brisca portuguesa.

El que no acredite con documentos que es hijo de buena casa y que en su familia no ha

habido ningún ser ordinario, ya puede renunciar á toda comunicación con los demás bañistas.

El año pasado estuvo allí un joven bien parecido que usaba un traje de ladilla blanco con rayas azules, y una chalina verde con lunarcitos. Al principio todos le tomaron por un chico aristócrata, porque además del traje, distinguido de suyo, llevaba un alfiler figurando una cabeza de perro de aguas en campo de gules. Las puertas del Casino le fueron franqueadas, estrecháronle la mano varios caballeros lusos, y llegó á encender la llama del amor en el pecho de una joven de Lisboa perteneciente á una de las primeras familias del reino, aunque picada de viruelas.

Pues bien; llegó de Madrid una señora bien informada é hizo circular por Granja la tremenda noticia de que el joven del traje blanco no era lo que parecía.

—¿Cómo?—preguntó con asombro un Par del reino, que padece del hígado y tiene la cara lo mismo que una zapatilla.—¿No es aristócrata ese joven?

—No, señor—dijo la dama.—Yo le conocí trompeta.

—¡Qué escándalo!

—Y además tiene una tía casada en segundas nupcias con un barbero.

Los aristócratas de Granja abrieron una información para conocer los antecedentes del joven, y resultó que éste usaba las elásticas de á peseta y tenía un callo en el dedo pequeño, y dormía con calcetines y había estado para casarse con una pupilera. Entonces se acordó retirarle el saludo y hacerle toda clase de desprecios para que se fuera con la música á otra parte.

Uno le volvía la espalda, otro le pisaba en el callo, otro le metía el codo por la boca del estómago, como por descuido; y el joven acabó por tomar el camino de Madrid, no sin recibir antes una carta de la portuguesa en que le decía, poco más ó menos:

«Usted es un infame, y todo ha concluído entre nosotros, porque yo pertenezco á una de las principales familias del país, y tuve un abuelo que fué pedícuro de la casa de Braganza, y era conocido con el honroso sobrenombre de *O terror dos olhos de galho*. No envío á usted el mechón de pelo que me entregó como testimonio de sus amores, porque quiero destruirlo públicamente. Adiós, pillo.»

Dos días después era quemado en la carre-

tera que de Granja conduce á Espinho el mechón de pelo del joven ex-trompeta. Á la ceremonia asistió el Par del reino, que pronunció un discurso sobre la necesidad de exigir una certificación de limpieza de sangre á todos los bañistas nuevos, y sobre la conveniencia de inspeccionar la ropa interior de los mismos para conocer su origen.

Por lo demás, Granja es un punto de baños delicioso, donde veranean muchos españoles dueños de elegantes *chalets* y de preciosas *villas* rodeados de jardines y acariciados por las frescas brisas del Atlántico.

La colonia española no suele establecer distinciones entre aristócratas y plebeyos, y trata por igual á los unos y los otros; pero la sociedad portuguesa que allí reside procura no mezclarse con la multitud abigarrada que acude de Espinho, y lo primero que hace es averiguar cómo ha nacido uno y cuántas camisas tiene, y quién era su madre y de qué precio son las cajetillas que fuma.

El lujo de los portugueses de Granja supera á cuanto puede decirse.

Yo he visto á una señora que echaba de comer á las gallinas por puro pasatiempo, y lucía un riquísimo traje de gró verde con golpes

—Y además tiene una tía casada en segundas nupcias con un barbero.

Los aristócratas de Granja abrieron una información para conocer los antecedentes del joven, y resultó que éste usaba las elásticas de á peseta y tenía un callo en el dedo pequeño, y dormía con calcetines y había estado para casarse con una pupilera. Entonces se acordó retirarle el saludo y hacerle toda clase de desprecios para que se fuera con la música á otra parte.

Uno le volvía la espalda, otro le pisaba en el callo, otro le metía el codo por la boca del estómago, como por descuido; y el joven acabó por tomar el camino de Madrid, no sin recibir antes una carta de la portuguesa en que le decía, poco más ó menos:

«Usted es un infame, y todo ha concluído entre nosotros, porque yo pertenezco á una de las principales familias del país, y tuve un abuelo que fué pedícuro de la casa de Braganza, y era conocido con el honroso sobrenombre de *O terror dos olhos de galho*. No envío á usted el mechón de pelo que me entregó como testimonio de sus amores, porque quiero destruirlo públicamente. Adiós, pillo.»

Dos días después era quemado en la carre-

tera que de Granja conduce á Espinho el mechón de pelo del joven ex-trompeta. Á la ceremonia asistió el Par del reino, que pronunció un discurso sobre la necesidad de exigir una certificación de limpieza de sangre á todos los bañistas nuevos, y sobre la conveniencia de inspeccionar la ropa interior de los mismos para conocer su origen.

Por lo demás, Granja es un punto de baños delicioso, donde veranean muchos españoles dueños de elegantes *chalets* y de preciosas *villas* rodeados de jardines y acariciados por las frescas brisas del Atlántico.

La colonia española no suele establecer distinciones entre aristócratas y plebeyos, y trata por igual á los unos y los otros; pero la sociedad portuguesa que allí reside procura no mezclarse con la multitud abigarrada que acude de Espinho, y lo primero que hace es averiguar cómo ha nacido uno y cuántas camisas tiene, y quién era su madre y de qué precio son las cajetillas que fuma.

El lujo de los portugueses de Granja supera á cuanto puede decirse.

Yo he visto á una señora que echaba de comer á las gallinas por puro pasatiempo, y lucía un riquísimo traje de gró verde con golpes

de pasamanería y una capota de tul y encajes digna de una princesa rusa.

—El traje no me parece el más á propósito para una playa—dijimos á nuestro acompañante.

—¡Oh! Aquí no verá usted más que seda y terciopelo—nos contestó.—Las señoras se en-

galanan lujosamente para ir al baño, para comer, para saltar á la comba y hasta para repasar los calcetines conyugales. Los caballeros

se ponen de punta en blanco para ir al Casino, y hay quien se baña con un frac de estameña para dar á entender que pertenece al *gran mundo* lusitano, y que es caballero de la Orden de Villaviciosa.

CAPÍTULO IV

Oporto, siempre alarmado.

Los portuenses tienen tan mala idea de nosotros, que nos suponen siempre llenos de cólera morbo asiático.

Cuando oyen hablar en español, abren los ojos con espanto y se miran con asombro, como diciendo:

—¡Dios mío! ¿Nos traerán el cólera estos viajeros?

Los portugueses creen que español y colérico son sinónimos, y hay quién supone que en España la peste está haciendo estragos todos los días, pero que no nos conviene que se sepa.

Pocos momentos después de llegar á la fonda vino á verme un médico municipal.

—¿Viene usted de España? — me preguntó.

—No, señor; de la Figueira.

—¿Trae usted documento que lo justifique?

—No, señor; pero traigo el cutis acribillado por los mosquitos. ¡Si quiere usted mejor pasaporte!

Y le enseñé varias ronchas, que tenía repartidas por la cara.

El médico no se dió por convencido y estu-

vo examinándome la lengua y reconociéndome el cielo de la boca con un ganchito; después me pulsó, me hizo toser varias veces, y se fijó por último en mi nariz, que la tenía delicada aquellos días por efecto de una mojadura.

—¿Desde cuándo tiene usted esto así?— dijo todo alarmado.

—Desde el jueves.

—Estornude usted.

—No puedo.

—Pues yo tengo que dejar en observación esa nariz.

—¿Quiere usted mandármela al lazareto?

—No, señor; quiero que se presente usted todos los días en la inspección sanitaria para ser reconocido. De lo contrario pagará usted una multa de muchos miles de reis.

Creí que era yo solo el que tenía que someterse á la inspección rigurosa del médico, pero luego supe que todo viajero procedente de España, ó que hablase en español, estaba en la obligación de presentarse en el centro de vigilancia sanitaria, y desgraciado de aquel que padeciese perturbaciones intestinales, porque se exponía á ser arrojado del territorio ó á que le cocieran en vino blanco, para matarle el *bacillus*.

Por falta de precauciones no ha de entrar el cólera en Portugal. El equipaje de un viajero destinado á Figueira y procedente de Extremadura, fué conducido oficialmente á Lisboa para ser fumigado, y el pobre hombre preguntaba:

—¿Cómo me mudo yo?

—*Tenha paçiençia*—le respondieron. — *Primeiro e a saude publica.*

El infeliz viajero estuvo esperando ocho días

su baúl y mientras llevaba puesta una camisa de un bañero generoso que le tuvo lástima; y por las noches salía á paseo tapado con una manteleta de una señora de Don Benito, parienta suya.

En Oporto los fondistas viven sobresaltados porque la junta de Sanidad local ejerce escrupulosa vigilancia sobre los hoteles, y á cada paso va á preguntar:

—¿Ha llegado algún forastero? ¿De dónde viene? ¿Qué trae? ¿Digiere bien? ¿Ha notado usted si se lleva las manos al vientre de cuando en cuando?

En ninguna parte hay gente más precavida que la portuguesa. Cuando se presentó el cólera en Francia perdieron el buen humor muchos miles de ciudadanos y casi todos ellos odiaban las legumbres. Lo más que comían era arroz, malvavisco, carne asada y una ó dos nueces de postre.

Ver un tomate era ver un enemigo cruel y colorado, que acechaba la ocasión para lanzarse sobre su víctima. El pepino había pasado á ser, á los ojos de algunas personas, una especie de máquina infernal que explotaba en las entrañas, sembrando la destrucción y la muerte. En cierta ocasión la autoridad detuvo á un

sujeto sospechoso que llevaba en el bolsillo dos pimientos enormes y un calabacín.

—¿Qué iba usted á hacer con esas armas?—le preguntó un jefe de policía.

—Comérmelas.

—¡Infame!—gritó el jefe.—¿Trataba usted sin duda de morir matando?

El exceso de precaución llegaba en algunas personas hasta el punto de cocer toda clase de bebidas.

En uno de los principales cafés de aquella preciosa ciudad hemos oído el siguiente diálogo:

—Mozo.

—Señorito.

—Una gaseosa.

—¿Sola?

—Sola y cocida.

Siguiendo los consejos de los hombres de ciencia, nadie osaba dar la mano sin adoptar las necesarias precauciones. El que tenía guantes se los ponía, y el que no, decía al amigo:

—Perdone usted que no le estreche la diestra con efusión; pero en tiempos de cólera, todas las precauciones son pocas.

Los que no querían prescindir del saludo afectuoso, cogían la mano y se la envolvían

en un pañuelo, ó bien presentaban el codo para que se lo estrechasen.

Y después de tantos escrúpulos..... Después de tantos escrúpulos los portuenses resultaron invadidos por la peste bubónica.

CAPÍTULO V

Figueira da Foz.

Los vecinos de Figueira da Foz son casi tan tímidos como los de Oporto.

Nada les preocupa tanto como la idea de verse invadidos por el cólera, y hay hombre dispuesto á dar la sangre de las venas en defensa de la patria, que siente rumor en las tripas y se echa boca abajo en el suelo, gritando:

—*¡Eu morro!*

Cuando llegamos á Figueira y fuimos en busca de un propietario cariñoso que nos proporcionase habitación, lo primero que hizo fué olernos cuidadosamente. Al ver á nuestra criada, palideció de pronto.

—*Esa menina ten síntomas coléricos no semblante*—dijo el hombre asustado.

—No hay semejantes síntomas—le replica-

mos;—lo que hay es que la pobrecita siempre ha sido fea de suyo.

Solo después de esta declaración humillante para la interesada, consintió el hombre en alquilarnos una vivienda preciosa, como son la mayoría de las de allí.

Figueira es una población modernísima, alegre, sana y fresca, con buenas calles, excelentes teatros y hoteles, hermoso jardín público, plazas espaciosas y un mercado soberbio de construcción reciente. La playa puede competir con la de San Sebastián, y el *barrio nuevo*, donde residen los bañistas, casi todos españoles, reune cuantas comodidades puede apetecer el *touriste* más exigente.

Aparte de esto, los comestibles son muy baratos, y el bañista puede vivir con cierta libertad. Comienza por instalarse en una «casa decentemente amueblada», como dicen en las comedias, donde se le facilita todo cuanto puede necesitar, desde el piano hasta la escoba; no se le exigen determinados primores en la indumentaria, ni tiene que someterse á la ridícula costumbre de la *etiqueta estival*, tan extendida en otras playas de moda.

Allí el bañista se viste como quiere y alterna ó no con los demás veraneantes. Si es aficio-

nado á reuniones, se va al *Casino Peninsular*, donde baila, canta, hace el amor y juega á la ruleta; si ama la soledad se mete en su casa y puede á solas entregarse á la dulce tarea de hacer cigarrillos ó coleccionar sellos ó construir jaulas. Si busca el iodo bienhechor que ha de fortificar sus pulmones, túmbase en la playa de cara al mar, y allí se entretiene haciendo hoyos en la arena ó bien trazando con la punta del bastón el nombre de la mujer amada ó el del prestamista que le facilitó el dinero para el viaje.

Hay, pues, distracciones para todos los gustos y nadie se aburre allí, como no sea muy exigente. Claro que los cronistas de salones no podrían residir en Figueira, porque se carece de *títulos* nacionales y extranjeros; solo hemos visto un marqués cojo, con una americana de alpaca y unos zapatos de lona con el tacón torcido.

—¿Quién es ese?—preguntamos.

—Es un título del reino que me debe catorce reales desde el año pasado—me contestó un español que va allí todos los veranos.

Lo que hay son mosquitos, de esos que entonan una sonata en *re menor* antes de picar. Cantan en portugués, pero pican en español le-

gítimo. Un bañista que vivía al lado de nuestra casa, se presentó una noche en el Casino con la cara lo mismo que una sandía.

—¿No me conocen ustedes?—nos preguntó sorprendido.

—No tenemos ese gusto—le contestamos.

—Soy Charrín, el de Alba de Tormes; pero estoy muy desfigurado desde ayer.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Por causa de los mosquitos.

Un portugués que estaba presente dijo entonces:

—*Obsérvase unha particularidade muito rara: os mosquitos pican somente aos forasteiros. As personas do paiz líbranse d'esta praga.*

Yo desde que lo supe, siempre que me echaba á dormir la siesta procuraba hablar en portugués para engañar á los mosquitos, pero de nada me ha servido la precaución y he sido víctima de los insectos musicales.

No hay más que un recurso: dormir con careta, como hacía un caballero de Badajoz que vivía en el hotel Reis; antes de meterse en la cama se ponía el antifaz, como diciendo «ahí me las den todas».

Una mañana fué á entrarle el desayuno el camarero de la fonda, y no pudo menos de decirle:

—¡Eh, mascarita! Aquí tienes el chocolate.

En fin, las cosas que pasan en Portugal no pasan en el resto del mundo, como me propongo demostrar en estas páginas.

CAPÍTULO VI

Amieira.

Á corta distancia de Figueira, y en la vía de Lisboa, hállase situado el establecimiento termal cuyo es el nombre que encabeza estas líneas. Á él concurren todos los años numerosos bañistas, entre los cuales figuran no pocos españoles, estén ó no enfermos, porque esto de los baños minerales se ha generalizado de tal suerte, que la mayoría de los que á ellos acuden se hallan disfrutando de tan buena salud como yo para mí deseo.

Estuve allí una mañana con el propósito de conocer el reputado establecimiento, y lo primero que ví fué una colección de sujetos gordos, que residen en Figueira con sus familias durante el verano, y aprovechan la ocasión para irse á bañar todos los días en las aguas de Amieira.

—Sr. D. Facundo, ¿usted aquí? ¿Necesita usted baños? ¿Y usted, D. Eleuterio, á pesar de ese rostro de sanote, tiene usted enfermedades?

Estas fueron mis preguntas cuando ví á mis compañeros de la colonia española en Figueira paseando por el jardín del establecimiento en clase de bañistas.

—Verá usted—me dijo D. Facundo.—Yo, puede decirse que no tengo nada; pero como esto está tan cerca y dicen que las aguas son excelentes, me vengo todas las mañanas en el tren de las ocho, tomo mi bañito y me vuelvo á almorzar á casa.

Don Eleuterio, el del rostro sanote, añadió en tono fúnebre:

—Yo me baño por necesidad, sí señor, por

necesidad, porque tengo echado á perder el hígado.

—¿Se lo ha visto usted?

—No, señor; pero es cosa ya resuelta por toda la familia y amigos que me estiman. Tengo el hígado hecho una pasta.

—Bueno; ¿pero estas aguas mejoran el hígado?

—No, señor; estas aguas curan la herpe y demás erupciones cutáneas; además fortifican el estómago y dan calor al bazo; pero como el bazo viene á ser una especie de primo carnal del hígado, yo las tomo por espíritu de familia.

Resuelto el importantísimo punto de la inutilidad de las aguas para estas afecciones y adquirido el convencimiento de que la mayoría de los españoles que se bañan en Amieira están tan enfermos como yo, pasé á visitar el establecimiento, que consta de un pasillo flanqueado por veinte ó treinta compartimientos provistos de pilas..... En aquel momento tomaban su baño cinco ó seis personas graves de la provincia de Salamanca, tres de Badajoz y una de Cáceres. El resto de los bañistas esperaban su turno para hacer lo mismo. De pronto sonó una campana estridente.

—¿Qué es eso?—pregunté asustado.

—El primer toque avisando á los bañistas que salgan de la pila. Luego oirá usted otro para que se pongan los calcetines, y después otro para que abandonen el cuarto y se presenten en el pasillo. Aquí todo se hace á toque de campana.

Cuando estábamos en esto, entreabrióse la puerta de uno de los cuartos de baño y vimos aparecer la cabeza de Rebollo, el procurador de Cáceres, que trataba de salir.

—¡Adentro!—gritó uno de los celadores de la casa.

—¿No puedo salir?—preguntó Rebollo tímidamente.

—No, señor; tiene usted que esperar el tercer toque.

—Es que.....

—¡Adentro!—rugió el vigilante cerrando la puerta de golpe y porrazo.

Allí se hace todo con una precisión pasmosa. El bañista tiene que permanecer en el agua hasta oir el primer toque; cuando suena éste, saca los pies de la pila y espera el segundo. Vuelve á sonar la campana, y entonces se pone los calcetines de prisa y corriendo; después los pantalones y la camisa, y por último, el chaleco y el gabán. Al tercer toque abre la puerta y sale al pasillo aseado y fresco.

Solo en casos excepcionales se permite al bañista abandonar el cuarto antes del tercer toque, y para ello es preciso que presente certificación facultativa, visada por el cónsul, declarando que tiene que hacer una diligencia necesaria y personalísima.

Hay hombre que se viste antes que los demás y está esperando con impaciencia las campanadas redentoras; pero tiene que permanecer encerrado, y lo más que se le permite es que pasee ó distraiga el ocio tarareando alguna cosilla de zarzuela.

*
* *

Aparte todo esto, los baños de Amieira son excelentes, la fonda está bien servida y los bañeros no le pegan á uno, como hacen los de otro establecimiento español, que cogen á los bañistas por la cabeza y los sumergen en la pila diciéndoles:

—Á bañarse, que esa es la obligación de usted ¡so mamarracho!

En Amieira no: el bañero lo más que hace es empujar suavemente al bañista para que salga pronto del cuarto, á fin de no hacer esperar á los de la segunda tanda, y si ve que alguno se demora, jura un poco en portugués y le da cuatro ó cinco patadas á la puerta.

Por uno de los bañeros—pues allí no hay médico-director—supe que las aguas han realizado curaciones maravillosas.

Á un caballero de Chaves, que había perdido el galillo á consecuencia del humo del tabaco portugués, le salió uno nuevo con solo gargarizarse siete veces por la mañana y por la noche; á una señora de Alentejo que tenía seca toda la parte de abajo de la cintura á causa de una insolación, se le reprodujo la humedad después de nueve baños y una ducha; y, por último, dice el bañero que aquellas aguas son buenas para todo: para el estómago, para

el reuma, para el zumbido de oídos, para la dentición y para la tartamudez, por inveterada que sea.

Algunos, dice el bañero aludido, emplean el agua para quitar manchas y notan que no solo las quita, sino que además hace crecer el pelo de los gabanes.....

En fin, yo pienso enviar á Amieira toda mi ropa de invierno.

Es cuanto puedo decir en pró de estas aguas.

CAPÍTULO VII

El fénix de los carteros.

¡Oh, la seriedad, el respeto á la ley!

En Figueira hay un cartero que se llama Antonio, por pura modestia, porque su verdadero nombre es Catón.

No saluda, no sonríe, no conoce las asechanzas de la hembra, aborrece el vino y el juego.

Su única misión en el mundo consiste en repartir la correspondencia, con la seriedad de un obispo; y al entregarnos las cartas parece que nos administra los santísimos sacramentos. Tal es su circunspección y la fe con que desempeña su cometido en este mundo.

Por la tarde recoge la correspondencia depositada en los buzones y la conduce majestuosamente al correo central en una bolsa de cuero.

En aquel instante no se cambiaría por un emperador victorioso ni por una tiple de esas que arrebatan á la multitud y arruinan á los empresarios.

Hay quien asegura que cuando Antonio se dirige al correo, llevando en la diestra la bolsa, tararea en voz baja la marcha real portuguesa, como para rendirse á sí mismo un tributo de consideración y respeto.

Algunas veces, viéndole pasar, le he saludado cortésmente, y él me dirigió una mirada severa, que equivalía á decir:

—Bien podía usted suponer que esta no es ocasión de andarse con saludos. En este momento, yo no soy Antonio ni tengo relaciones con nadie. Soy el fiel custodio de la correspondencia pública; el ser inviolable designado por la Dirección general de Correos y Telégrafos para la conducción de un tesoro.

Hasta la fecha no he podido conseguir que me entregase las cartas dirigidas á mi familia.

—¿Está en casa D. Fulano de Tal?—pregunta solemnemente.

—Sí, señor—le contestan.

—Aquí traigo una carta dirigida á su nombre.

—Venga.

—¡No!—exclama Antonio dando un paso atrás.—Que se presente el interesado.

—Está durmiendo.

—Pues que despierte.

Lo más que hace es penetrar en la alcoba donde duerme el destinatario, y después de

despertarle y reconocerle con cierta escrupulosidad, le entrega la carta diciendo:

—Conste que el día tantos de tal mes, á las once en punto, he hecho entrega de una carta, procedente de Madrid, á D. Fulano de Tal, casado, con hijos..... Y sale de la habitación como un general en jefe que acaba de realizar un hecho de armas famoso.

Antonio es soltero por varias razones: la pri-

mera porque él no necesita más compañía que la de su bolsa, y después, porque no ha encontrado aún una dama que sea digna de llevar su nombre.

¡Casarse con un cartero! ¡Ahí es nada! Lo más que haría, por condescender, sería dar su mano á la hija de un presidente del Consejo de ministros ó á la Patti, si se volviera á divorciar.

Dicen que en cierta ocasión á Antonio querían darle un distrito, para que lo representara en Cortes, pero él se opuso, manifestando:

—¿Había de cambiar por un acta mi posición de cartero? ¿Acaso me han creído tonto?

Pocas personas más satisfechas de sí mismo que este cartero, ni nadie como él más esclavo de las ordenanzas postales.

Yo le ví recogiendo con su acostumbrada majestad la correspondencia depositada en el buzón de la calle donde habito.

Corrí al encuentro de Antonio y quise entregarle una carta que acababa de escribir.

—¿Cómo? — exclamó él retrocediendo. — ¿Trata usted de corromperme?

Y cogiendo las cartas del buzón comenzó á meterlas en la bolsa una por una.

—Meta usted esta también—dije yo.

—No es posible.

—¿Por qué?

Antonio, sin contestarme, cerró de nuevo el buzón, guardándose la llave en el bolsillo. Después habló así:

—Deposite usted su carta en el buzón como si yo no estuviera presente. Ante todo, la ley.

Hice lo que Antonio me mandaba, y entonces él volvió á sacar la llave del bolsillo, abrió la puerta del buzón, y apoderándose de mi carta, la dejó caer en la bolsa, diciendo:

—Así es como se cumplen las leyes en Figueira da Foz.

—¿Conocen ustedes un cartero semejante? ¿Habrá en toda la Península un ser más extraordinario que este cartero de Figueira?

CAPÍTULO VIII

Del pudor y otras cosas.

Hay países pudorosos de suyo, y este es uno de ellos.

Las señoritas portuguesas se bañan con unos trajes largos, que las ocultan completamente á las miradas masculinas, sin que se pueda traslucir el más ligero síntoma de cutis; y aun así, dicen las mamás desde la playa:

—*Minha filla, muita cautela.*

—*¿Por qué, minha nay?*

—*Tápate o pesçozo, que hay aquí rapaces muito atrevidos.*

Para evitar estas y otras indiscreciones, algunas chicas se bañan metidas en una especie de saco, que sujetan al cuello con una jareta, de modo que muchas señoritas esculturales se convierten en talegos espontáneamente.

Una tarde perdió pie una señorita, y estuvo

á punto de ser arrastrada por las olas. Un joven abnegado de la provincia de Cáceres se lanzó á socorrerla, y pudo, no sin grandes esfuerzos, conducirla á la playa.

—¡Hija de mi corazón!—gritaba la madre en su idioma, estrechándola contra el seno.

—¡Qué rubor!—decía la chica tapándose el rostro con ambas manos.

—¿Por dónde te ha cogido?—preguntaba la mamá.

—¡Por una canilla!

Á consecuencia de este hecho inevitable, aunque deshonesto, los papás de la muchacha quisieron que el chico salvase el honor de la *náufraga* casándose con ella; y en caso de realizarse la boda, es muy posible que se dediquen á *náufragas* otra porción de jóvenes que desean marido y no lo encuentran por ninguna parte.

Allí se encuentran muchos tipos raros de España.

Suele ir una familia, compuesta de un padre severo, que no se quita los botines blancos ni para bañarse, y anda por allí con un sombrero de paja que parece una espuerta; una mamá con la cara lo mismo que un queso gallego y dos niñas largas y velludas, que cecean al ha-

blar y miran á los hombres como si quisieran comérselos con patatas.

Pero el papá dice que no quiere consentir relaciones en el extranjero, y una tarde en la playa cogió por los faldones del chaqué á un chico lusitano y por poco lo estropea, solo porque éste ofreció á una de las chicas un melocotón en dulce, y al írselo á dar la tropezó en una oreja.

Á este mismo caballero le han echado ya de dos fondas por su mal carácter. Si le servían la comida caliente, comenzaba á arrojar por aquella boca sapos y culebras; si se la daban templada, quería desafiar al fondista y herirle en su amor propio, y, por último, una noche en el «Hotel Castela» se tragó una espina de besugo, y empezó á disparar tiros de revól-

ver y á insultar á todas las personas celestes, desde San Pedro hasta San Justino protomártir, de los menos significados, y tuvo que subir la pareja y amenazarle con el presidio. Entonces él sacó la cédula de vecindad, y se vió claramente que no era un bañista cualquiera, sino que tenía casa de comidas en la calle del Bonetillo, y que poseía la cruz de Isabel la Católica, concedida por los sagastinos.

Casi todos los bañistas que se dan importancia tienen sobrados motivos para ello.

Siempre que se presenta en la playa alguna familia con aire majestuoso, al momento nos decimos:

—Ya se ve que esa gente es importante de suyo.

Y en efecto, resulta á lo mejor que el jefe de la familia es un empleado del Ayuntamiento de la corte, ó agente de una agencia fúnebre ó tenor cómico, retirado de las tablas.

En Figueira está de moda la flauta, y hay una porción de chicos locales que se presentan en el casino Mondego á ejecutar fantasías, ora de la *Sonámbula*, ora del *Trovador*, ya de la *Traviata*, si que también de la *Lucía*.

Una noche se anunció como concertista un tal Asneiro, joven figuerense que toca como un

ángel, pero cuando estaba preparando el instrumento, le vimos palidecer y llevarse las manos al vientre; después lanzó un suspiro ahogado, como aquel que va á llamar al sereno y no puede..... Cinco minutos después, era casi cadáver.

La mamá que estaba sentada entre el público, acudió en socorro del hijo de sus entrañas, y allí mismo le dió unas fricciones con una toquilla empapada en bálsamo tranquilo. Gracias á esto el joven flautista no falleció en presencia del público, pero el concierto tuvo que suspenderse.

El chico es notable, según dicen, y comenzó á tocar la flauta pocos días después de su nacimiento, y los papás al ver su disposición ya no le dedicaron á otra cosa, ni han querido que se tomara molestias de ninguna clase.

—Tú, á tu flauta—le decía el autor de sus días; y mientras él arrancaba dulces sonidos al instrumento, su papá le limpiaba las botas y le ponía los calcetines.

El chico es tan artista, que ni siquiera se lava por no perder el tiempo en asuntos prosáicos, y su hermana mayor se encarga de esta tarea. Cuando le ve más entretenido estudiando, va por detrás con una esponja y empieza á fro-

tarle hasta que le deja como los chorros del oro.

Es un artista que todo lo expresa con la flauta. Cuando se ve contrariado porque le aprietan las botas ó porque advierte que le va

á salir un grano, comienza á lanzar quejidos con el instrumento. Si sus papás regañan, pone paz por medio de una melodía dulce y suplicante; si hay alegría en el domicilio, rompe á tocar con júbilo atronador y transmite á la familia sonidos de felicidad que la enloquecen.

Nosotros supimos todo esto por una criada

que tuvo el flautista, la cual criada nos decía, en el colmo de la admiración:

—Hace lo que quiere con la flauta; en aquella casa no hay penas, porque el día que se pegaba el arroz ó regañaba el matrimonio, venía el señorito con el instrumento y devolvía la paz á los espíritus.

CAPÍTULO IX

El barbero.

Parece mentira que siendo como somos de la misma raza portugueses y españoles, existan diferencias radicalísimas entre ellos y nosotros.

Puede asegurarse que no nos parecemos en nada, como no sea en la inmoralidad político-administrativa. Aquí como allí, un ministro es un ser que se dedica á hacer su negocio, á colocar á sus parientes, á proteger á sus yernos y á llenar de perifollos á sus cuñadas.

En lo que diferimos esencialmente es en el ramo de barberos. El barbero español nos aturde con su verbosidad mientras nos afeita; el barbero lusitano es una tumba cercada de cipreses.

Á mí me afeita un joven lánguido, que parece víctima de una pasión no correspondida.

Cuando entro en su casa, el hombre me recibe con una inclinación de cabeza que no puede llamarse saludo ni manifestación de desagrado, sino una cosa así como un triste deber.

—Buenos días, maestro—digo yo al sentarme.

—*¡Oh senhor Tabuada!*—contesta él con su imperturbabilidad característica.

Después sacude el paño blanco que le sirve para envolver á sus víctimas mientras las afeita; viene hacia mí con majestad digna de mejor causa y me envuelve sin despegar los labios. Por último, coge el instrumento del martirio y lo afila en silencio.

Entretanto, yo lo miro con cierta angustia, creyendo que aquel hombre fúnebre medita algún crimen.

—¿Irá á matarme?—me pregunto mentalmente.

El prueba la navaja dos ó tres veces en la uña del dedo gordo, después la coloca al alcance de la mano sobre la mesa, y apoderándose de la brocha, empapada en agua fría, me la pasa por el rostro hasta doscientas cincuenta y cuatro veces.

No me atrevo á decirle que se apresure por no provocar su enojo. Cuando se ha cansado

de dar jabón, coge la navaja y la esgrime sobre mi fisonomía, sin salir de su paso reposadísimo y parsimonioso.

Yo me acongojo, porque el silencio es cosa

que me lleva á pensar en la muerte, y procuro alejar de mi imaginación las ideas tristes, excitando la verbosidad de aquel hombre de hielo. ¡Vano propósito!

—Hoy hace mucho calor—le digo.

—*Muito*—contesta él colocándome el dedo gordo sobre la nariz para afeitarme á su gusto.

Siento que me falta la respiración, pero me aguanto.

Cuando puedo volver á hablar, pregunto á mi hombre:

—¿Es usted casado?

—Hum.....—dice él.

Conozco entonces que no le gusta hablar de sus intimidades domésticas y las respeto.

—No me pase usted la navaja más que una vez—me atrevo á advertirle.

El se calla y continúa afeitándome sin hacerme caso. Algunas veces me corta, pero yo sufro la agresión y no lanzo un solo quejido. ¡Aquella seriedad suya me infunde pavor!

Una vez noté con asombro que dejaba sin afeitarme el sitio destinado á la perilla. Me estremecí.

—¿Irá á dejarme perilla militar?....—dije para mi sayo.

Me la dejó efectivamente, sin que yo pudiera impedirlo, porque al manifestarle mi deseo de vivir como hasta ahora, libre de toda perilla, él frunció el labio con cierta expresión de supremo desdén, y dijo sentenciosamente:

—*O senhor nao sabe d'isto.*

Y tuve que andar de perilla durante dos ó tres horas, hasta que fuí á ver á otro artífice

cabelludo, y le pedí cariñosamente que me quitara aquellos pelos.

—*Nao pode ser*—me contestó con acento solemne.

—¿Por qué razón?

—*Porque o senhor ten seu caballeireiro* (peluquero) *propio e eu nao so prato de segunda mesa.*

Entre un amigo y un mozo del Casino español, me quitaron la perilla con un cortaplumas, pues allí no encontré un barbero que quisiera mancillar la obra de su colega, y ahora es posible que ninguno me dispense la honra de afeitarme.

Porque el barbero lusitano es un ser superior, todo severidad y orgullo, que cuando afeita parece que otorga un señaladísimo obsequio, y ni toca la guitarra, ni sonríe, ni entretiene al parroquiano con su amena conversación, como suelen hacer nuestros compatriotas.

El barbero portugués más bien parece por su parsimonia un ministro del Tribunal de Cuentas ó un Escribano de actuaciones.

—Yo pregunté á un barbero de Oporto en cierta ocasión:

—¿Es usted casado?

— Sí—contestó orgullosamente. — Casado con una señora principal.

—¿Y tienen ustedes familia?

—De ninguna manera—dijo con cierto aire de persona ofendida.—Yo no falto á mi dignidad de peluquero por nada de este mundo.

En fin, tengo entendido que en algunas poblaciones de Portugal, los que quieren afeitarse tienen que presentar en la peluquería una instancia escrita en papel sellado, y una certificación de buena conducta firmada por el alcalde.

Y aun así, hay barbero que la decreta en los siguientes términos:

—No ha lugar. Que se afeite solo.

Ahora se indica para presidente del Casino Mondego—la crema de la aristocracia, como quien dice,—á un barbero que está condecorado con la Cruz de Cristo, y es Par del Reino por derecho propio.

Tanto, que yo me voy á dejar la barba.

CAPÍTULO X

Lo característico.

Entre el carácter español y el portugués existe notable diferencia. Nosotros somos alegres, ligeros, habladores, aficionados á la discusión y propensos á la ira; ellos, por el contrario, tienen un temperamento tranquilo, hablan poco, discuten menos y se distinguen por sus formas corteses, pero en más de una ocasión nos ponen los nervios de punta.

Va usted á comprar un paraguas, por ejemplo, y pregunta al comerciante:

—¿Tiene usted paraguas?

—Sí, señor—dice él, haciendo una reverencia.

—Pues necesito uno.

—¿De seda?—replica el comerciante acercándose al mostrador.

—De seda.

Lo natural sería que el hombre cogiese el paraguas solicitado y se lo presentase á usted. Pues no, señor; lo que hace es sacar del bolsillo una cajetilla, escoger un pitillo, romperlo, vaciarlo en la palma de la mano, sacar un li-

brillo, elegir una hoja, verter en ella el tabaco y ponerse á hacer un cigarrillo con toda la calma del mundo.

Usted, entre tanto, se pasea por allí dando señales de impaciencia, pero él continúa imperturbable su operación, hasta que pasados cinco

minutos enciende el cigarro, le da dos chupadas y vuelve á preguntar:

—Con que ¿de seda?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

El hombre coge una escalera que apoya en la anaquelería; sube con la misma dignidad que subió María Antonieta las gradas del cadalso, y desciende al fin trayendo en la diestra el paquete de los paraguas, y en la siniestra el pitillo histórico.

Con gran parsimonia desata el nudo del paquete, separa el papel, se detiene algunos momentos para dar una chupada al pitillo, suspira, coge un plumero y limpia el primer paraguas, después el segundo, después el tercero y así sucesivamente hasta doce. Acto saguido le quita el papel al paraguas número uno y se lo presenta á usted, diciendo:

—Aquí está.

—Pero este no es de seda—exclama usted sorprendido.

—No, señor—replica él con mucha calma.

—Yo lo quiero de seda—vuelve usted á decir.

—Ya lo sé—contesta él.

—Pues sáquele usted.

—¿Cómo quiere usted que se lo saque si no le tengo?

—Acabáramos.

Y sale usted de la tienda furioso, mientras él se queda tan tranquilo, liando de nuevo los paquetes y murmurando:

—¡Jesús! ¡Qué carácter más vivo tienen estos españoles!

Yo tuve una criada portuguesa que se levantaba á las cinco en punto para hacer el almuerzo que habíamos de comer á las doce.

Entre nueve y diez le preguntábamos:

—¿Cómo va eso?

Y ella nos contestaba con la mayor tranquilidad del mundo:

—Estoy pelando la segunda patata.

En fin, que nunca almorzábamos menos de las dos y media.

*
* *

No ha variado el temperamento de nuestros vecinos los portugueses. Continúan siendo amables, finos y discretos; pero calmosos, hasta un punto inconcebible. No se dan prisa nunca ni salen de su paso por nada de este

mundo. Llama usted á un mozo de cordel y le dice:

—Lleve usted este baúl corriendo á la estación.

—*Pronto*—contesta el aludido.

Y lo primero que hace es sacar un cigarro, encenderlo, arremangarse los puños de la camisa..... y sentarse sobre el baúl.

Una vez tuve que llamar á un cerrajero para que desarmase una cama, y el hombre estuvo preparando las herramientas durante media hora. Después se puso á trabajar con una calma que ponía los nervios de punta. Dejéle á solas con su operación, para no perder la paciencia; de pronto cesaron los golpes del martillo.

—¿Se habrá marchado sin despedirse?—pensé yo, y me dirigí de nuevo á la alcoba.

Allí estaba el hombre, sentado en el suelo y con la cabeza apoyada en la cama.

—¿Qué hace usted?—le dije.

Pero el hombre no me contestó. Se había quedado dormido profundamente.

Conocí un cocinero de una fonda que mataba las gallinas por el procedimiento de la convicción. Primero las desplumaba el cuello con calma estoica, después afilaba el cuchillo tran-

quilamente, y por último se ponía á serrar la epidermis de su víctima, como quien hace tapones para botellas, hasta que las gallinas se morían solas espontáneamente, porque decían para sí:

—Vaya, no hay más remedio que fallecer, porque si esperamos que nos mate este hombre, ya estamos frescas.

La quietud y la perseverancia son las virtudes salientes de aquellos honrados vecinos.

Hay un hombre allí que desde el primer año que llegué está empeñado en venderme una guitarra.

—Yo no toco—le dije.

Pero él no se conforma con mi razón poderosísima, y todas las tardes va á mi casa con el instrumento metido en una funda.

—Señorito, ahí está el de la guitarra—grita la doméstica.

—Ya le he dicho que no toco.

—No importa—contesta él sentándose en la escalera; y allí se está hasta que cerramos el portal.

Al día siguiente torna á presentarse, y así seguirá hasta que yo abandone la población ó me muera.

Todo el que baja ó sube tropieza con el su-

jeto; y está tan acostumbrado á los pisotones, que ya no se queja, y lo más que hace es decir:

—*Nao se molesten. Eu esto aquí pra vender á guitarra.*

Y no me va á quedar otro remedio más que comprársela ó asesinarle detrás de la puerta.

CAPÍTULO XI

Ciencias, historia, arte, etc.

Quien no ha visto Coimbra, yendo á Portugal, se expone á que le anatematicen los portugueses; y á fe que la ciudad bien merece los honores de una visita. Yo estuve en la Atenas lusitana en compañía de un filólogo que es á la vez arqueólogo y bacteriólogo y casado en terceras nupcias con la criada.

—*Va vosa excelencia a ver una de las primeiras maravillas de este mundo y parte do outro*—me dijo en lengua mitad portuguesa, mitad española.

Y allá me trasladé con mi acompañante, hombre fino si los hay, que cuando saluda parece que se va á romper por abajo, y tiene la costumbre de agarrarse á los botones de su interlocutor siempre que se lanza por el campo ameno de la ciencia ó de la historia.

Tomamos el tren, arrellanámonos en nuestros asientos respectivos, y..... ¡á Coimbra!

Mi mentor, que entre otras bellas cualidades posee la de llamarse Palmiro, iba señalándome con el dedo las innúmeras bellezas de que está salpicado el país. Aquí un bosque frondoso, allá un puentecillo rústico, más allá una casita rodeada de madreselva; en la colina el cordero triscador, en la llanura el conejo inocente y asustadizo; ora la pintada avecilla, ora el repollo.....

—¡Qué hermoso país!—decía yo.

—Gracias—contestaba él, como si la belleza del país fuese obra suya hecha en casa.

Al llegar á Coimbra, Palmiro se apeó del carruaje, dióme la mano galantemente para ayudarme á descender, y colocándose á mi lado, me dijo:

—*Agora va vosa excelencia á ver cousa boa.*

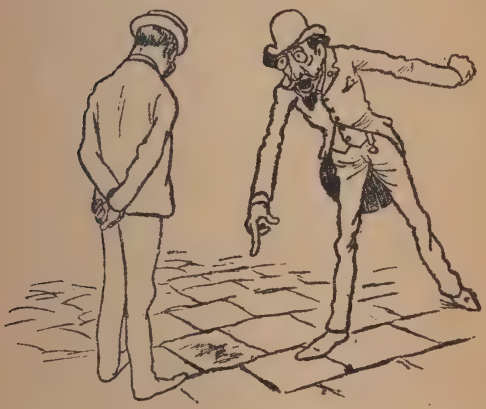
Y entramos en la ciudad, que es, ciertamente, una de las más dignas de ser visitadas y que encierra hermosos monumentos, recuerdos históricos de inestimable valor y un excelente Jardín Botánico que para Madrid lo quisiéramos.

Á mi *cicerone* todo se le volvía poner los ojos en blanco, arquear las cejas y decirme con

un acento que rebosaba admiración profunda:

—*¡Isto é una belleza!*

Visitamos la Universidad, notable por más de un concepto; la biblioteca, el museo de historia natural, el seminario y otros edificios



suntuosos, y fuimos, por último, á un antiguo palacio, extramuros de la ciudad, donde Palmiro, con el semblante descompuesto y la voz entrecortada por la ternura, me dijo:

—*Aquí, sobre esta pedra, morreu á rahina santa.*

—¿La reina santa?

—*Sí; á desgraçadísima doña Inés de Castro, assasinada pelo seu marido.*

—¡Oh!—exclamé cubriéndome el rostro con las manos, como las damas jóvenes cuando las dicen que están deshonradas y van á ser pasto de la murmuración y el dolo.

Palmiro me cogió por la muñeca, y acercándome al sitio en que exhaló su último aliento la soberana infelice, murmuró tristemente:

—*He aquí la sangre do víctima. Huela usted.*

Efectivamente; sobre la dura piedra se señalaban algunas gotas color de chocolate barato, que habían sido respetadas por los siglos.

Palmiro entonces me hizo una relación detallada del crimen, tal y como ocurrió. Diríase que lo había presenciado él, á juzgar por la suma de detalles aportados al proceso.

—*Aquí estaba ó rey con á sua cabeza reclinada contra ó muro; allí á rainha fazendo media, sin saber ó que lle iba á pasar. De pronto ó rey sacou una faca..... ¡horror! é meteu á faca hasta nove veces no coraçao de doña Inés. Ista comenzou á chorar é á pedir socorro; mais nao acudiu ninguen, é á coitadinha deu as boqueadas no maior dos desconsolos.....*

Era de ver la cara de Palmiro cuando se remontaba á otras edades. En él descubríase al

hombre superior, que escudriña infolios y atesora datos para traer á las generaciones actuales la idea exacta de lo que sucedió en este mundo hace la friolera de siete siglos y medio.

¡Qué grande me resultaba Palmiro cuando de pie, ante un especie de columna mingitoria, situada en el rincón de una calle, me decía, henchido de santo amor á los tiempos pasados:

—Este es un *monolito* de la Edad media ó medioeval, ó entreverada, según algunos historiadores. Este *monolito*, ó séase mojón, servía para que apoyaran en él la cabeza los condenados á reclusión temporal. ¡Qué tiempos aquellos! Yo conozco todos estos detalles porque he consagrado mi vida entera al estudio é investigación de las *cosas que fueron*..... Y de aquí que hoy pertenezca á la Sociedad de Arcades Romanos de Oporto; á la Económica de Benicarló y á la Indo-latina de Viana de Castelo. Además soy socio correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Puente Cesures.

Mientras me daba cuenta de sus títulos y honores, conquistados á costa de grandes sacrificios, mi *cicerone* sudaba á chorros, como cualquier mozo de cuerda; y al desabrocharse la camisa para secarse el jugo científico que le

corría por el seno, pude ver la medalla de académico de la Historia de nuestro país, con domicilio en Cascaes, que lleva perpetuamente colgada al pescuezo, á guisa de escapulario. Como él es feo y algo peludo y además tiene la nariz partida por gala en dos, más que filólogo y arqueólogo y bacteriólogo y Palmireólogo, me pareció un perro de los que pagan contribución al Municipio de Madrid y usan medalla á todo pasto.

Terminada nuestra visita, regresamos á Figueira, y Palmiro, aprovechándose de mi inacción, vino dándome por el camino una lata histórico-filosófica sobre Coimbra y sus hijos más preclaros.

—De Coimbra salieron dos grandes capitanes—decía él,—uno más grande que otro, pero grandes ambos; salieron además un arzobispo, dos historiadores, tres teólogos y cinco coristas de ambos sexos. Coimbra es la patria de un poeta romántico, que murió de una angina catarral, descuidada por su familia.....

Y en estas y en las otras, llegamos á Figueira, donde esperaba á Palmiro su esposa y excriada, la cual vino á interrumpir las lucubraciones científicas de Palmiro, dándole dos ó tres puñetazos en la rabadilla y diciéndole:

—¿De dónde vienes tú, grandísimo pícaro? ¿De alguna *pandiga* (juerga)? Anda para casa, mal hombre, y déjate de infundios históricos,

que lo primero es cuidar de tu mujer, que la tienes abandonada.

Todo esto dicho en correcto portugués y adornado con cachetes más ó menos filológicos.

CAPÍTULO XII

Los fondistas.

Los españoles que acuden á veranear á Portugal se reunen todos los días en la playa, formando un grupo compacto y cariñoso. En tierra extranjera se hacen firmes é inquebrantables los lazos del patriotismo y desaparecen muchas fórmulas ridículas de la sociedad. Yo ya me tuteo con un escribano de Castuera y con dos curas, uno rubio y otro moreno, de la provincia de Guadalajara, á quienes conocí en Espinho.

Reina tal confianza entre nosotros, que no tenemos inconveniente en comunicarnos todos nuestros secretos, y á lo mejor viene el escribano, y después de remangarse el pantalón, me dice:

—Luisín, ten la bondad de verme esta pierna. ¿No notas un bultito obscuro junto á la ro-

dilla? ¿Será un grano, ó una distensión de los tendones?

—Yo de piernas entiendo poco—le contesto.

—Pues entonces se la voy á enseñar á otro compatriota cualquiera. Ante todo la confianza.

Este escribano me ha referido sus sufrimientos en la fonda donde reside todos los veranos. Aparte la alimentación, que sabe á sebo, y las camas, que parecen de cemento romano por lo duras, tiene que soportar al dueño de la fonda, que es hombre iracundo y déspota.

—¿Saben ustedes á qué hora se almuerza aquí?—dice presentándose en el comedor con un cacillo en una mano y una sopera en la otra.—Pues á las once en punto, y el que no esté á las once ¡se fastidia!

Los huéspedes le han cogido tal miedo, que ninguno se atreve á rechistar. Nadie allí levanta una voz más alta que otra, y cuando sabe que un huésped se lamenta de que está pegado el arroz ó que el lenguado huele á demonios, aparece el dueño de la fonda con los pelos en desorden y la mirada revuelta, y encarándose con el aludido le pregunta:

—¿Quién se ha quejado de mi arroz? ¿Quién le ha puesto defectos á mi lenguado? ¿Quién?

—Nadie—contestan todos los huéspedes fingiendo sonreir.

En una ocasión el irascible fondista entró en el comedor diciendo:

—Esta tarde comerán ustedes á las tres y media, en vez de las siete.

—¡Hombre, á las tres y media!—se atrevió á exclamar uno de los huéspedes.

—En punto; y el que llegue después, no come.

—¿Por qué?

—Porque mi esposa y yo queremos ver el

baile infantil que se celebra esta tarde en la plaza Nueva.

—¿Van ustedes á bailar?—preguntó uno tímidamente.

—Vamos á lo que á ustedes no les importa.

—Bueno; no hay que enfadarse.

Y no ha habido más remedio que comer á la hora marcada por el fondista; y sucedió que los huéspedes no podían tragar el alimento, porque éste tropezaba con el que acababan de ingerir momentos antes. Querían tragar un poco de carne, por ejemplo, y la carne encontraba el camino obstruído por una pera procedente del almuerzo.

—¿Qué ocurre?—preguntaba el fondista al ver que se le atragantaban los huéspedes.

—Que estamos obstruídos—decían ellos.

—Pues en mi casa se come así, ó no se come de ninguna manera.

Para que á un huésped le sirvan huevos fritos en vez de la tortilla consuetudinaria y seca como una esponja, que allí se usa, tiene necesidad de buscar una recomendación para el fondista ó arrodillarse delante de él con las manos en cruz.

—¡Señor Simpliciano! ¡Por la Virgen Santísima! ¡Que me pongan huevos fritos! Se lo rue-

go por el alma de su señora madre, que esté en la gloria.

Algunas veces ni aun con los ruegos se ablanda aquel corazón de posadero empeder-

nido, y el huésped tiene que comer la tortilla ó suicidarse.

Pueden ustedes calcular cuánto habrá sufrido el escribano en los seis veranos seguidos que lleva de huésped estival.

Una noche entró en el Casino triste y ojeroso.

—¿Qué te pasa, Tiburcito?—le pregunté con

la familiaridad que se ha establecido entre ambos.

—Que me ha pegado el fondista—me contestó tristemente.

—¿Por qué?

—Porque no quise hacerme solidario de la frescura de un besugo. Dije que estaba pasado y el fondista me pegó en la cabeza con un plato sopero.

*
* *

No todos los fondistas portugueses son así. Este peca de absorbente y avasallador, y en cambio otros se pasan de cariñosos, como don Joao, el dueño del hotel *da Longanimidade*.

Mientras los huéspedes comen, él se sitúa en una de las cabeceras de la mesa y principia á darles sanos consejos.

—Don Melitón, póngase usted más salsa que es muy digestiva.—D. Eleuterio, no se sirva usted tanta merluza, que es muy ardiente.—Doña Encarnación, límpiese usted la nariz que se la ha manchado usted de tomate y se le va á escocer.

Á lo mejor nota que un huésped abusa del

pollo asado, y D. Joao, dirigiéndose al camarero, le dice:

—Martinho, quítele usted el pollo á D. Melitón, que va á acabar con él y le puede hacer daño.

Otras veces se dirige á uno de sus pupilos y le aconseja que coma más pan, pues no parece bien que se dedique á la carne exclusivamente.

En fin, es un gran fondista D. Joao, sobre todo para los huéspedes que están desganados.

CAPÍTULO XIII

Casinos y caseros.

En los casinos portugueses reina la circunspección hasta un punto inconcebible. Casi todas las señoritas asisten á las *soirées* de punta en blanco y como si fueran á un duelo; de modo que le entran á uno ganas de decirles:

—Vamos, aleje usted esas ideas tristes, ¡qué demontre!

Lo natural sería que el casino sirviese para distraer el ánimo y proporcionar á sus socios horas de solaz; pues no señor, al casino va la gente á entregarse á sus meditaciones; de cuando en cuando baila, sín perder la compostura, y vuelve á caer en la melancolía.

Los músicos tocan un vals. Un joven se acerca á una señorita, y sin perder la circunspección que le es propia, le pregunta:

—¿Quiere usted valsar?

—Sí, señor, con mucho gusto—contesta ella haciendo un gesto de profunda melancolía.

Y se pone á dar vueltas, con el rostro compungido, como si se le acabara de morir un tío carnal que la hubiese tenido en su regazo.

El que entra por primera vez en un casino no puede menos de preguntar:

—¿Qué pasa aquí? ¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¿Por qué esta tan triste esa gente?

—Es costumbre—suele contestar alguno.

Allí hay la teoría de que la juventud debe bailar, pero sin atolondramiento y sin olvidarse de que la muerte nos acecha á todos.

«El hombre es polvo y en polvo ha de convertirse.»

De día en día va aumentando la seriedad de los bailes veraniegos, y esperamos ver dentro de poco á las señoras vestidas de luto, á los caballeros cargados de crespón, cantando el oficio de difuntos.

Entonces se darán conciertos de música religiosa y no dejará de haber algún joven aficionado que cante el *Tantum ergo*, acompañándose con la bandurria.

Y hasta puede que leamos en el programa:

1.º *Las flores de María*, coro por varios señoritos tristes de Tras os Montes.

2.º Plegaria á Santa Polonia para que nos libre de los dolores de muelas, por una señorita de la Pampilhosa.

3.º Solo de piporro por un exclaustrado de Salamanca.

La corrección en el traje es una de las condiciones que más resplandecen en las *soirées*.

Allí no se puede bailar con la misma ropa que se usa para ir á la playa; y el que nota en los zapatos el más ligero síntoma de descomposición, coge un cepillo y los embetuna.

Hay un joven de Villapollinos, llamado Floro, que no tiene más ropa que la puesta, y

en su deseo de presentarse aseado ante la sociedad que acude al casino, se pasa el día limpiándose el traje con la tan reputada bencina.

Al pasar por delante de su casa, dirigimos los ojos al balcón, y si en él vemos la ropa del joven puesta á ventilar, desde luego decimos:

—Floro va de baile esta noche.

Mientras dura la ventilación, el pobrecito se está en la cama estudiando el portugués por cifra, con objeto de poder declararse á una joven de Aveiro; después se pone la ropa..... y al baile.

Algunas veces le dice la de Aveiro mientras baila una mazurka:

—*¡Xesus! ¡qué mal xeira vosa exelencia!*

Y él, por no confesar que usa la bencina en su aseo personal, dice que aquel olor es suyo, heredado de sus mayores, y que está muy de moda en Villapollinos.

*
* *

El 31 de Agosto es la fecha marcada para la desaparición de los bañistas españoles. El 1.° de Septiembre comienzan á llegar los lusos del interior, y se posesionan de las casas que ocuparon aquéllos.

Dos días antes de que termine el plazo del alquiler se presenta el casero en la habitación del inquilino y le pregunta:

—¿Va usted á renovar el contrato por el mes de Septiembre?

Si el inquilino dice que sí, puede continuar dedicándose á sus asuntos domésticos; pero si contesta que no, desde aquel momento tendrá que abrir su casa á otros bañistas que desean alquilar la vivienda, y antes quieren enterarse de sus condiciones íntimas.

Cuando el inquilino esté en paños menores, verá aparecer por las puertas una numerosa familia que va á ver el cuarto y á examinar las habitaciones, sin cuidarse de si están desocupadas ó no.

El año pasado estaba yo en la cama sudando una angina catarral, y se me presentaron en la alcoba tres señoritas con sus papás y un sacerdote portugués, sobrino de todos ellos. Examinaron los muebles, sin dirigirme el más ligero saludo; tentaron los colchones, registraron el cubo y la jofaina, olieron el jabón, creyendo que también pertenecía al casero, y después se marcharon todos juntos, haciendo comentarios sobre mi conducta.

—¡Las nueve de la mañana y ese hombre

sin levantarse todavía!—iban diciendo por el pasillo.

Enseguida entró el casero y me hizo ver que aquellas no eran horas de estar acostado, y añadiendo, que me vistiese á toda prisa por si entraban otras personas á visitar el cuarto.

—No me siento bien—hube de decirle.

—Pues estos días no puede usted estar malo, porque no es cosa de que entren las familias y le vean á usted las carnes.

—Me taparé.

—No es posible. ¡Arriba, arriba!

Y tuve que levantarme á medio sudar, y me senté encima de la cama esperando que entra-

sen otras señoritas, como así sucedió. Al otro día terminaba el alquiler de la habitación, y aún no eran las cinco de la madrugada, y vino el casero con una escoba y se puso á barrer toda la casa.

—¿Qué hace usted?—le dije.

—Estoy limpiándolo todo, porque á las doce entran aquí los nuevos inquilinos.

—¿Y qué hago yo?

—Usted sabrá. ¿No le he preguntado con la debida anticipación si deseaba alquilar la casa por el mes de Septiembre? Usted me dijo que no; con que.....

Víme en la necesidad de meterme en una fonda y dí gracias á Dios por haberla encontrado, que si no, hubiera tenido que irme á vivir al muelle, con toda mi familia, en clase de carabinero nocturno.....

CAPÍTULO XIV

Rarezas.

Á las playas portuguesas acuden muchos *brasileiros* acaudalados y color de chocolate, con múltiples joyas en la pechera, en la corbata, en los dedos y en el chaleco. He visto uno en Espinho que lucía un brillante en el meñique del tamaño de una almeja. Nos miraba á todos con desdén, y á cada paso sacaba el reloj, que parecía una tetera cuajada de piedras preciosas, para que le tuviéramos envidia.

Caminaba con la prosopopeya de un milord, pero movía los pies con cierta dificultad.

—Es un millonario *brasileiro* — nos dijo uno.—Cobra una renta colosal y tiene una fortuna inmensa en alhajas.

—Noto que anda con alguna dificultad. ¿Es cojo?

—No, señor; es que lleva sortijas de brillan-

tes en los dedos de los pies. El colmo del lujo.

Su mujer, que tiene una gran semejanza con una mona del Retiro, jaula núm. 4, entra en el mar con traje de raso, diadema de pedrería y brazaletes. La acompañan una negra y dos

cotorras, una de las cuales canta *fados* mientras su dueña toma el baño, y la otra reza sus oraciones con la negrita.

El marido, entre tanto, contempla á su cara mitad desde una especie de trono que se ha mandado construir en la playa.

—¿No se baña usted?—le pregunta uno.
Y él contesta desdeñosamente:
—*Nao; iste mar e muito piqueno.*

*
* *

Entre los bañistas del país hay tipos muy curiosos. En su mayoría se distinguen por la corrección del traje y por su aspecto de grandes señores.

Cuando pasean en la plaza, parece que dispensan un gran favor á las baldosas al ponerles el pie encima, y no se quitan los guantes ni aun cuando se afeitan.

En fin, parece que vive uno entre príncipes y magnates, y á lo mejor llevamos unos camelos horribles. Vemos un caballero de mirada altiva, con aire de hombre superior, y preguntamos:

—¿Es algún Par del Reino?

—No, señor—responde un hijo del país.—Es un procurador de Braga, que tiene casa de huéspedes.

En Portugal hay algún hombre público importante que se baña con los atributos correspondientes á su rango y sin perder nada de lo que constituye su alta jerarquía. Si tiene la

cruz de Cristo ó la de Villaviciosa, entra en el agua con la condecoración cosida al traje, para que le respetemos todos; y los bañeros, al verle, tocan la marcha real portuguesa.

En cambio, el conde de Casa-Pérez, español, que veranea todos los años en Figueira y dicen si tiene ó no relaciones con la criada, se baña envuelto en un refajo. Yo, al verle, he sentido que el rubor coloreaba mis mejillas, en mi calidad de español, porque ¿qué idea se formarán los portugueses de nuestra aristocracia?

Ya saben que una de nuestras primeras duquesas ha estado en la cárcel; luego han visto que un conde se baña cubierto con un refajo, y mañana sabrán que un marqués, muy conocido en la corte, se queda con las cucharillas de los banquetes..... Mi espíritu patriótico pa-

dece ante estos hechos que comentan á su gusto los lusitanos, y nada tendrá de particular que por defender á mi patria tenga que pelearme el mejor verano.

En el extranjero nota uno que se le excita el sentimiento de la patria. Todo desde allí resulta amable, y daríamos cualquier cosa por poder abrazar á Pepito Carulla.

Por lo demás, Portugal es encantador y el verano se pasa deliciosamente.

CAPÍTULO XV

Cuestión de temperamento.

Ya dije en otro capítulo que los portugueses son cariñosos, atentos y bien educados, pero cachazudos como ellos solos.

Para que le sirvan á uno café, hay que pedirlo media hora antes, y si se va uno á afeitar, tiene que decirle al barbero en tono suplicante:

—¡Por la Virgen Santísima! Despache usted lo antes posible, que me están esperando para una boda.

Pero todo es inútil; no hay poder en el mundo que saque de su paso á un portugués.

Allí todo se hace con calma: los gasistas invierten media hora en encender las lámparas del teatro, los zapateros emplean catorce días en echar medias suelas á unas botas, y las mujeres necesitan once meses y medio para

salir de su cuidado. Toda gestión es allí laboriosísima.

El mismo día que llegué fuí á encargar un flan en una confitería. Llevaba allí dos meses y la víspera de mi viaje de regreso fué á mi casa un dependiente, diciendo:

—Vengo á saber si el flan lo necesita usted para ahora, ó si le es á usted lo mismo esperar hasta el mes que viene.

La mejor prueba de lo cachazudos que son nos la proporcionan todos los días en la ruleta y el monte. Allí están tranquilos, suceda lo que suceda, y lo más que hacen, cuando viene la contraria, es lanzar un suspiro entrecortado.

Las cartas tienen nombres muy raros: al dos le llaman *duque*; al seis, *sena*; al cuatro, *cuadra*; al caballo, *valete*, y otras extravagancias de este tenor.

De manera que no es raro oir preguntar al banquero:

—¿A dónde quiere usted ir?

Y que conteste el punto:

—Yo voy á la cuadra.

*
* *

Su temperamento pacífico no les impide, sin embargo, entregarse al vals. El vals constituye su delicia, y hay hombre severo, de pronunciado abdomen y venerable calva, que coge á una señorita por su cuenta y se está bailando media hora con el mismo ardimiento que si fuese á ganar una batalla.

Así como en España decimos: «Fulano es un gran banderillero, ó un gran orador, ó un gran matemático», dicen allí elevando los ojos al cielo y arqueando las cejas, en señal de profunda admiración:

—¡Oh! ¡Fulano! Fulano es un gran valsista.

En el casino baila todas las noches un respetable magistrado que tiene ocho nietos, el menor de catorce años, y él estuvo dos veces á la muerte, á causa de su mucha edad.

—Es un gran valsista—nos dijo un yerno suyo, coronel veterano.—En Espinho ganó un premio la semana pasada.

—¿Pues qué hizo?

—Estuvo bailando desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana con una señorita coja, y le sacaron del baile en hombros, y la sociedad *Terpsícore Lisbonense* le condecoró con la cruz de la Resistencia coreográfica.

Uno de los títulos que allí se ostenta con mayor orgullo es el de «director de cuadrilla.» Hay unas cuantas personalidades más ó menos jóvenes, que se dedican á dirigir rigodones, y desempeñan su misión con una gravedad solo comparable á la del presidente del Tribunal Supremo.

Comienza el rigodón y todas las miradas se fijan en el jefe, esperando que dé sus órdenes inapelables.

—*Premiere partie, En avant: quatre au coté traversez*—dice el presidente con acento imperativo.

Y todas las parejas obedecen.

—*Seconde partie. La meme chose.*

Y las parejas laterales repiten la operación, como movidas por un resorte.

El jefe continúa dictando leyes supremas que nadie osa desobedecer, y al final es felicitado calurosamente por damas y galanes, que elogian su mérito y halagan su amor propio.

Hay en Figueira un «director de cuadrilla» que es una notabilidad. Antes de dirigir se pone los guantes y bebe una copa de vino de Oporto, después elige parejas entre las señoritas más hermosas, y acto seguido comienza á dar voces.

Dícese que se han reunido unos cuantos bailarines para hacerle un obsequio como recompensa á sus afanes.

Probablemente le regalarán un jamón en dulce de honor, que es uno de los presentes que más se estiman en Figueira.

Desde que visito á Portugal no he presenciado ningún suceso desagradable. La gente es por demás pacífica, y á lo sumo se pelea dirigiéndose frases duras.

—*Você nao ten vergonha*—dice uno.

—*Você e un garoto* —contesta el contrincante.

Pero no salen á relucir las armas blancas, ni las de fuego, ni siquiera los puños; y es porque allí por cada bofetada hay que pagar una libra esterlina de multa.

De modo que se incomoda usted con cualquiera, y lo primero que hace es echar la cuenta de los *reis* que podrá costarle aquel jaleo. Así es que la mayoría de los que regañan, antes de levantar la mano, preguntan á la autoridad:

—Diga usted, ¿no me rebaja usted nada?

—Es precio fijo—contesta el agente de policía.

—Pues no estoy dispuesto á hacer gastos—replica el contrincante, y se mete la mano en el bolsillo.

Así y todo, el año pasado un bañista perdió la paciencia, y arrojándose sobre un cochero que le había cobrado de más, le atizó cuatro bofetadas diciendo:

—Tome usted, tome usted diez y ocho duros, y no le doy á usted más por no cambiar un billete.

ÍNDICE

		Páginas.
Pórtico		5
Capítulo	I.—Cómo se viajaba antes	7
—	II.—Espinho	13
—	III.—Granja, la playa aristocrática	19
—	IV.—Oporto, siempre alarmado	27
—	V.—Figueira da Foz	33
—	VI.—Amieira	39
—	VII.—El fénix de los carteros	47
—	VIII.—Del pudor y otras cosas	53
—	IX.—El barbero	61
—	X.—Lo característico	67
—	XI.—Ciencias, historia, arte, etc.	75
—	XII.—Los fondistas	83
—	XIII.—Casinos y caseros	91
—	XIV.—Rarezas	99
—	XV.—Cuestión de temperamento	105

NOTICIERO-GUÍA DE MADRID

Nueve años de publicación con éxito creciente han colocado al *Noticiero-Guía de Madrid* á la cabeza de todas las Guías, por su baratura y por la exactitud y profusión de noticias que da de todo cuanto Madrid encierra digno de conocerse.

El magnífico Plano nuevo de Madrid se da gratis con el libro, y se vende suelto á una peseta.

Este Plano acaba de tirarse en once colores, con todas las calles completas, tranvías nuevos, etc.

Precios del *Noticiero-Guía de Madrid:*

Rústica, 2 pesetas; pasta, 2,50.

CUENTOS BATURROS, por Gascón.

Dos tomos con más de 200 cuentos cada uno, compuestos y dibujados por el popular Gascón.

Su lectura constituye un delicioso entretenimiento por las felices ocurrencias y la gracia de los cuentos. Precio de cada tomo:

En Madrid, 2 pesetas.—En provincias, 2,50

ALMANAQUE DEL BUEN TONO

Ha obtenido gran éxito. Contiene: Reglas de finura, Trato social, Curiosidades, Arte de peinarse, Lecciones de bailes españoles y extranjeros (con grabados), Artículos y cuentos de los mejores literatos, Historietas cómicas, etc., etc.

Precio: una peseta.

Toda persona cuidadosa debe tener siempre en su casa un bote de la renombrada

MANZANILLA AROMATICA «ESPIGADORA» de las Montañas de Aragón.

para remediar cualquier indisposición del estómago.

La recomiendan médicos tan ilustres como Tolosa Latour y Huertas.

Bote para 100 tazas, *dos pesetas* en todas las farmacias, droguerías y coloniales de España y América.

Depósito en Madrid: Guillermo García, Capellanes, 1.—*En Zaragoza:* Farmacia de D. José Sala, Don Jaime I, 55.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00000046202